

Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Nuestra América

JUAN E. DE CASTRO
EUGENE LANG COLLEGE

En una nota redactada poco antes de la muerte del escritor mexicano, Jorge Luis Borges hizo público una vez más su gran admiración por Alfonso Reyes: “Reyes es hoy el primer hombre de letras de nuestra América. No digo el primer ensayista, el primer narrador, el primer poeta; digo el primer hombre de letras, que es decir el primer escritor y el primer lector” (“El primer hombre de letras” 34-35). La influencia directa de Reyes sobre Borges es conocida, aunque no por eso menos merecedora de estudio. Además de expresar su gran respeto por el escritor mexicano, el propio Borges dejó claro en numerosas ocasiones lo mucho que le debía al maestro regiomontano. Por ejemplo, en su “Autobiographical Essay”, originalmente redactado en inglés, luego del reiterado reconocimiento de que Reyes era “the finest Spanish prose stylist of the century”, añadía que “in my writing I learned a great deal about simplicity and directness from him” En materia de escritura había aprendido mucho en simplicidad y sinceridad de él” (165). Como señala Emir Rodríguez Monegal, antes de conocer la obra de Reyes, el joven Borges había estado bajo el influjo de escritores tendientes a una redacción barroca, como Cansinos Assens y Macedonio Fernández. En Reyes encontró “a liberating influence”, ya que la escritura clara y directa del mexicano “anticipated the new writing Georgie developed so brilliantly in the 1930s” (218).

Lo que me interesa de la descripción borgeana de Reyes como “el primer hombre de letras de nuestra América” es la localización de la frase; o sea, la mención de “nuestra América”, más que su valorización de Reyes. Dadas las connotaciones “progresistas” frecuentemente asociadas con la frase, puede sorprender que Borges la utilice. Refiriéndose a la aseveración de Borges en *El tamaño de mi esperanza* (1926) con respecto a que el *Fausto* de Estanislao del Campo era “la mejor [poesía] que se ha dicho en nuestra América” (citado en Bell-Villada 2890) , Gene Bell-Villada comenta:

The use of the expression “Our America” stands out and, of course, makes sense in the light of Borges’s nationalism of the 1920s, though admittedly the juxtaposition may be a matter of casual happenstance. And yet, many will recognize it as a term given cultural and ideological significance by the great Cuban poet and freedom fighter José Martí, and as a set phrase commonly

invoked in the twentieth century by Third World style nationalists from Latin America. (289)

Es obvio que, para Bell-Villada, el uso del término “nuestra América” por parte de Borges es sorprendente, si no incongruente. Borges, supuestamente uno de los escritores latinoamericanos más conservadores, estaría utilizando un término de izquierdas, por decirlo de alguna manera. Y, por lo tanto, sería necesario explicar esta incongruencia en el contexto del derrotero político de Borges (de joven fue un nacionalista, casi de izquierda, y paulatinamente se volvió conservador) o adjudicarla a la casualidad.¹ Pero, como hemos visto, ésta no es la única ni la última vez que Borges se refiere a “nuestra América”.

Si consideramos que Borges continuó utilizando la frase a lo largo de su vida—la primera cita sobre Reyes data de 1956—, queda claro que no existe correlación entre su evolución política y su uso de “nuestra América”.² Por otra parte, la identificación del término exclusivamente con una política nacionalista o izquierdista de estirpe martiana es errónea, dado que autores como Sarmiento, difíciles de considerar como —obviamente *avant la lettre*—“tercermundistas”—, utilizaron el término.³ Martí es, además, una presencia marginal en la obra de Borges, por ponerlo en términos generosos.⁴ Con todo, Borges utiliza la frase en muy pocas ocasiones y en referencia a pocos autores, lo cual parece indicar que le da a ésta una significación particular. Este ensayo busca tanto determinar lo que Borges quiso decir al resaltar la eminencia de Reyes en nuestra América, como analizar la relación que las definiciones borgeana y alfonsina tienen con sus discusiones sobre el lugar de Latinoamérica (o nuestra América o Hispanoamérica) dentro de la cultura de Occidente. El comentario de Borges sobre Reyes puede servir de inicio para elucidar no sólo los puntos de contacto entre ambos maestros, sino también las diferencias que caracterizan sus posiciones críticas y teóricas.⁵

A diferencia de Borges, Reyes utiliza el término “nuestra América” en tantas ocasiones que Coral Aguirre lo describe como “la expresión amada de Reyes” (81). En “Palabras a la nación argentina”, un ensayo en que compara a México y Argentina, “los dos países polos, los dos extremos representativos de los dos modos de ser que encontramos en Hispanoamérica”, Reyes, define a “nuestra América” como “un injerto del vigor español de la mejor época, trasplantado a otra geografía y encauzado por otras venas. En suma, pueblos de juventud, donde los choques de sangre no se han equilibrado del todo” (58). (Como es obvio, Reyes utiliza tanto Hispanoamérica como “nuestra América” en “Palabras a la nación

argentina”). La definición de Reyes privilegia lo hispano. El agente activo del mestizaje que, es lo que está describiendo el ensayista mexicano, es claramente el español. El indígena o negro queda relegado a recibir pasivamente el “vigor español” en sus venas, o, en el mejor de los casos, participar en un proceso que llevará a un equilibrio prometido pero todavía no logrado.

La conceptualización de nuestra América hecha por Reyes y la implícita visión del mestizaje presente en ella recuerdan mucho a los escritos de su antiguo compañero del Ateneo de la Juventud, el visionario filósofo mexicano José Vasconcelos. En *La raza cósmica*, uno de los textos claves de la década de los veinte, Vasconcelos escribe sobre el contacto interétnico latinoamericano:

Esto implica que nuestra civilización, con todos sus defectos, puede ser la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres. En ella se prepara de esta suerte la trama, el múltiple y rico plasma de la Humanidad futura. Comienza a advertirse este mandato de la Historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro. (57).

Al igual que Reyes, Vasconcelos radica la agencia del mestizaje en los españoles. En ambos autores existe una valoración positiva de lo que cualquier análisis histórico serio definiría más bien como la violencia de la conquista—y su concomitante violencia sexual—, que es interpretada por Reyes como “vigor” y por Vasconcelos como “abundancia de amor”. Además, para ambos el mestizaje, además de proceso histórico, es una promesa de futuro, aunque Vasconcelos lo imagine en términos mucho más mesiánicos y utópicos.⁶

Es también de interés que Reyes haya llegado a esta definición a partir de un análisis de la Argentina, si bien más adelante en el ensayo enfatiza las diferencias entre ambos “países polos”. Dada la importancia del pasado prehispánico, Reyes encuentra a México más cercano al modelo identitario europeo basado en la existencia de una larga tradición histórica. Ve a Argentina, por el contrario, como un país nuevo y, por lo tanto, más americano. A pesar de esto, en última instancia, la diferencia entre Argentina y México sería sólo de grado y la definición propuesta abarcaría a toda la América hispanohablante. Para Reyes, la cultura argentina también tendría, en última instancia, su origen en la mezcla cultural y racial generada en el contacto de los españoles con los indígenas, por lo que el influjo posterior de inmigrantes europeos no habría modificado esta matriz cultural básica.

Nuestra América en Borges

En la mayoría de las ocasiones Borges usa la frase “nuestra América” como sinónimo de Hispanoamérica. Esto es obvio en la cita de Borges en este ensayo. Cuando escribe sobre el modernismo, Borges declara igualmente que Reyes “renovó las letras de nuestra América y luego las de España” (“Enrique Banchs” 65). Borges usa la frase de manera parecida cuando declara que “felizmente para nuestra América y para la lengua española, Lugones publicó en el año 1905 *Las fuerzas extrañas*” (Borges y Ferrari 29) y cuando concluye, en su clásica reseña de la novela, que *La amortajada* de María Luisa Bombal es un libro que “no olvidará nuestra América” (80). Parece, por tanto, que, para Borges, “nuestra América” es un topónimo más, un término exclusivamente denotativo que tendría como referente a los países americanos de habla hispana.

Sin embargo, hay por lo menos un par de ocasiones en que Borges utiliza el término “nuestra América” de una manera que revela una serie de connotaciones sorprendentes. Así, en su comentario sobre la traducción de *Don Segundo Sombra* al inglés, anota que en ésta “he percibido la gravitación y el acento de otro libro esencial de nuestra América: el *Huckleberry Finn* de Mark Twain” (203). Aquí presenta a *Huckleberry Finn*, un libro escrito en los Estados Unidos, la “otra América”, como una obra clave de nuestra América. Obviamente, Borges contradice al significado martiano del término, precisamente originado y basado en la oposición a los Estados Unidos. Sin embargo, la diferenciación entre la lengua española y “nuestra América” ya está implícita en la referencia a la obra de Lugones en la conversación con Osvaldo Ferrari.

Se puede relacionar esta designación borgeana de la obra cumbre de Twain como perteneciente a “nuestra América” con la descripción que el autor argentino hace en su reseña de la novela de William Faulkner *The Unvanquished*: “Ríos de agua morena, quintas desordenadas, negros esclavos, guerras ecuestres, haraganas y crueles: el mundo peculiar de *The Unvanquished* es consanguíneo de esta América y de su historia, es criollo también” (124). Para Borges, en este pasaje, “el mundo peculiar” de “esta América”, o sea nuestra América, se encuentra ligado a una naturaleza e historia excesivas, a una constitución social multicultural y tensa. Por cierto, estos mismos términos podrían aplicarse a *Huckleberry Finn* que, aunque de manera tal vez menos trágica, también trata de las relaciones interétnicas y del Misisipi, el más caudaloso de los ríos de Norteamérica.

Dejando de lado las consideraciones geográficas, tanto para Borges como para Reyes

y Vasconcelos lo más distintivo de la región sería una historia de conflictiva y contradictoria heterogeneidad cultural y racial. Pero además de manifestar un aire de familia con las ideas de Reyes (y Vasconcelos) al enfatizar la presencia de diversas culturas y razas como una característica central de nuestra América, Borges también presenta diferencias significativas. En primer lugar, en ningún momento expresa la fe en que el mestizaje haya solucionado las tensiones entre los diversos grupos humanos de la región. Tampoco comparte el hispanismo característico de Reyes (y Vasconcelos). Así a diferencia de Reyes (y Vasconcelos), Borges no asigna a España ni su colonización lugar alguno dentro del concepto de nuestra América. En este sentido, llama la atención la indiferencia borgiana respecto al idioma como definitorio de nuestra América. (Pero tampoco en el discurso de Reyes y Vasconcelos, parece tener la lengua importancia alguna. Es el aporte biológico y, en segundo lugar, el cultural lo que ambos enfatizan. El uso del español sería una consecuencia necesaria del mestizaje).

Dado este soslayo de lo hispano, el escritor argentino no puede evitar considerar textos norteamericanos—¿por qué no a las propias regiones y poblaciones?— como pertenientes a “nuestra América”. Al no ser exclusivamente hispana, nuestra América puede incorporar aquellas regiones de los Estados Unidos y del continente caracterizadas por las presencias de múltiples razas y culturas. Borges ve a Twain y tal vez a Faulkner, pero probablemente no a Hawthorne o Thoreau, como representantes de una cultura novoianglesa más homogénea, no sólo como compatibles con la literatura de nuestra América, sino también como miembros de pleno derecho de ésta.

La inteligencia (nuestra) americana de Reyes.

La impronta de Reyes en Borges no se limitó al estilo—aunque dadas las prioridades del argentino como escritor, no debe considerarse éste un hecho menor. Las ideas que subyacen a la práctica literaria borgeana también sufrieron la influencia del autor regiomontano. De acuerdo a Amelia Barili, “Con Reyes, Borges reflexiona en que la esencia de lo latinoamericano no está en lo externo; que, contrariamente a la mirada foránea, América no es sólo junglas, pampas, llanos o algo estereotípico y que ser americano es una experiencia íntima y psicológica, una manera de mirar más que un tema en particular” (29). El texto en que Reyes expresa con más claridad esta nueva “manera de mirar” es “Notas sobre la inteligencia americana”, tal vez el más famoso de todos sus ensayos.

Para Reyes, el desarrollo de la “inteligencia americana” no implica una oposición

entre ésta y la cultura occidental. Esta congruencia entre Europa y nuestra América se basa, según Reyes, en que “De un modo general, la inteligencia de nuestra América . . . parece que encuentra en Europa una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir” (114).

Sin embargo, a pesar de esta compatibilidad, la “manera de mirar” “nuestro americana” no se encuentra desvinculada del mestizaje. Por el contrario, al igual que cuando escribe sobre nuestra América, Reyes vuelve a privilegiar el papel jugado por los “choques de sangre”, frase que también utiliza en “Notas sobre la inteligencia americana”. De hecho, para Reyes, el mestizaje es precisamente el prerrequisito que permite el desarrollo de una nueva manera de mirar:

Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje . . . Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. . . El coro: las poblaciones americanas se reclutan, principalmente, entre los antiguos elementos autóctonos, las masas ibéricas de conquistadores, misioneros y colonos, y las ulteriores aportaciones de inmigrantes europeos en general. Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, y aun las vastas manchas del africano . . . La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano. (112-13)

Como queda claro en la cita, si es posible hablar de un espíritu americano es precisamente porque el mestizaje ya ha tenido lugar. Así, en 1936, fecha en la que Reyes publicó sus “Notas sobre la inteligencia americana,” declara como realidad lo que había sido sólo promesa en sus “Palabras sobre la nación Argentina” en 1930. En otras palabras, para Reyes, ya existe un nuevo sujeto mestizo que posee una “manera de mirar” específica y novedosa. Sin embargo, la inteligencia americana está en cierto modo desligada de la noción utópica de la raza cósmica. Reyes argumenta que el espíritu americano se ha dado “no sólo porque nuestra América ofrezca condiciones para ser el crisol de aquella futura 'raza cósmica' que Vasconcelos ha soñado, sino también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia” (118). Reyes, en 1936, ha dejado atrás el utopismo biológico de Vasconcelos, sin negar la importancia del mestizaje que, para él, es todavía una de las dos condiciones que han hecho posible el surgimiento de una inteligencia

americana y una nueva “manera de mirar.” Este optimismo en cuanto al progreso del mestizaje y en cuanto al surgimiento de una inteligencia madura “internacionalista” en nuestra América que es capaz de presentar una visión más allá de los límites nacionales que subdividen a la cultura occidental, explica el famoso final del ensayo: “Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros” (124). Según Reyes, gracias al mestizaje, pero también debido a un creciente familiaridad con lo más nuevo del pensamiento Europeo y Norteamericano, nuestra América está por fin en condiciones de participar en el banquete occidental como un igual de las naciones europeas.

La inteligencia americana en Borges

El texto en el que Borges expresa sus ideas sobre la “manera de mirar” que sería característica de la cultura latinoamericana es “El escritor argentino y la tradición”. Si bien ese ensayo busca analizar la relación que existe—o tal vez debería existir—entre la literatura argentina y la del resto de occidente, Borges explícitamente presenta sus conclusiones como aplicables a la literatura de la región. Luego de describir la “preeminencia” cultural de los judíos y los irlandeses dentro de la cultura occidental, que él basa en el hecho de que “actúan dentro de esa cultura y al mismo tiempo no se sienten atados a ella por una devoción especial”, Borges concluye “que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga” (273).

El hecho de que Borges se refiera a Sudamérica no es casual. Como hemos visto, no establece divisiones rígidas entre las Américas. Un escritor anglófono como Twain o Faulkner puede ser criollo, inclusive “nuestro americano.” Pero en “El escritor argentino y la tradición” Borges busca implícitamente limitar sus reflexiones a los países americanos de habla española o portuguesa. Y, por lo tanto, al referirse a Sudamérica elimina cualquier ambigüedad. (Aunque a cambio de esta claridad, Borges elimina a México, Centroamérica y el Caribe hispanoparlante de su análisis). Al igual que Reyes, Borges ve la cultura “sudamericana” como básicamente compatible con la occidental. Pero Borges establece una sutil diferencia entre lo que podría llamarse occidentales del centro—aquellos pertenecientes a naciones con sólidas tradiciones literarias y culturales, como Inglaterra, Francia o Alemania—y aquellos de los márgenes: judíos, irlandeses, y “los sudamericanos, en general”. Si bien Borges insinúa que los primeros sienten un alto grado de identificación con su tradición cultural, los segundos se caracterizan por la debilidad de sus ataduras, o visto de

otra manera, por la libertad que sienten y ejercen ante su tradición sin quedar, por eso, completamente desligados de ésta.

Pero, a pesar de esta semejanza entre los autores judíos, irlandeses y sudamericanos, incluidos entre éstos los argentinos, Borges señala una clara diferencia en el ámbito cultural en el cual ejercen su agencia: “Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esa tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental” (273). A diferencia del autor judío, quien innova dentro de una tradición lingüística o nacional específica, o el irlandés, quien por razones políticas y económicas se ha encontrado ligado a la tradición británica, el escritor sudamericano, cosmopolita y tal vez multilingüe, puede ejercer su creatividad a partir de toda la cultura occidental. Otra vez aquí Borges manifiesta su antihispanismo al descartar a España como el posible campo de actividad cultural para el escritor sudamericano. (En el ensayo señala que “la historia argentina puede definirse sin equivocación como un querer apartarse de España”; inclusive que la literatura española era para los argentinos “difícilmente gustable” [271]).

A diferencia de Reyes, para Borges el mestizaje, la asincronía cultural o inclusive cualquier trazo específico, carecen de importancia en el desarrollo de esta “nueva manera de mirar”. Implícitamente, en “El escritor argentino y la tradición” el origen de la creatividad sudamericana está en una sensación de distancia ante la cultura occidental a la que pertenece.⁷ Pero al contribuir a esta cultura, los autores sudamericanos muestran que su sensación de distancia se ve contrarrestada por otra de pertenencia. Borges presenta a los escritores sudamericanos participando en la cultura occidental de una manera alternativa a la que caracteriza a los autores de las principales naciones europeas o inclusive los Estados Unidos. En lugar de la identidad perfecta entre las posiciones de sujeto sudamericana y occidental, Borges postula, a través de su análisis del escritor argentino, una posición de sujeto sudamericana caracterizada por lo que podría llamarse identificación por la diferencia. Para Borges, ni la identidad cultural argentina ni la sudamericana están definidas por una lista de íconos culturales, ni siquiera por el desarrollo de una cultura o raza mestiza, sino por la manera en la que el sujeto se encuentra inserto en lo que podría llamarse el sistema cultural occidental.

Conclusión

La “nueva manera de mirar” propuesta por Borges se diferencia de la de Reyes por

no depender de ningún mestizaje o característica cultural (aunque en “El escritor argentino y la tradición” hay un eco del “internacionalismo” nuestro americano de Reyes). Sin embargo, el hecho es que el maestro argentino no habría logrado desarrollar esta idea sin el ejemplo previo de Reyes. Llama, por lo tanto, la atención que no haya referencia alguna a Reyes en “El escritor argentino y la tradición”. Esta omisión puede explicarse por el hecho señalado por Barili de que “Borges siempre prefiere guardar un lado de sus textos, a menudo el más significativo, fuera del escrutinio público” (181). Otra posible razón para la ausencia de Reyes puede encontrarse en las diferencias profundas que se encuentran en los análisis que subyacen el origen de “la nueva manera de mirar” y que ambos identifican en la literatura y cultura hispanoamericana de su tiempo. Al omitir el nombre de Reyes en un ensayo obviamente influido por el de éste, Borges soslaya sus diferencias con el pensador mexicano. Sería, por lo tanto, una manera indirecta de evitar llevar a cabo una crítica de uno de los autores más influyentes en su obra.

No obstante, en la nota publicada en *Sur* poco tiempo después del fallecimiento de Reyes, Borges retoma las ideas de “El escritor argentino y la tradición”, si bien conectándolas ahora directamente a la obra alfonsina. Después de resumir la argumentación de Thorstein Veblen sobre la creatividad de los judíos—el fundamento teórico de “El escritor argentino y la tradición”—, declara el que “el judío . . . maneja una cultura que le es ajena y en la que no le cuesta innovar”, como “la clave de la obra de Reyes” (“Alfonso Reyes” 37-38).

Ese breve ensayo necrológico, con el que Borges paga póstumamente su deuda intelectual con Reyes, sirve para recalcar la manera en que, a pesar de las diferencias señaladas, “El escritor argentino y la tradición”, en mi opinión, conjuntamente con “Kafka y sus precursores”, uno de los fundamentos teóricos de la obra borgeana, está construido sobre las ideas originalmente propuestas por “el primer hombre de letras de nuestra América”, Alfonso Reyes.

Notes

¹ Es sabido que Borges se volvió más conservador al envejecer. Si durante los cuarenta fue un activo antifascista, para los setenta va a apoyar a las dictaduras del Cono Sur. Sin embargo, recapacitó y en 1980 hizo públicas sus críticas a las violaciones de los derechos humanos de la dictadura argentina.

² Para 1956, Borges era conocido por su apoyo a “La revolución libertadora” que había derrocado a Perón. El entusiasmo de Borges por este gobierno militar fue recompensado con la dirección de la Biblioteca Nacional en 1955, el Premio Nacional de Literatura en 1956 y la cátedra en literaturas inglesa y norteamericana en la Universidad de Buenos Aires (Williamson 28-30, 335-36).

³ Por ejemplo, Sarmiento se refiere a “nuestra América” en el más racista y reaccionario de todos sus textos: *Conflicto y armonías de las razas en América*: “Luego hay un gobierno de nuestro siglo de nuestra América y de nuestra república que habremos de dejar en claro en estas páginas, si han de ser de utilidad” (122).

⁴ En uno de los escasos ejemplos, Gervasio Montenegro, un personaje de los *Seis problemas para don Isidro Parodi*, uno de los textos creados conjuntamente por Borges y Bioy Casares, declara haber escrito odas a José Martí (49). Dado la naturaleza satírica de este texto y del personaje, la referencia a Martí no es un elogio.

⁵ Este ensayo no va a analizar los contextos sociales o las comunidades interpretativas que enmarcan el uso alfonsino y borgeano del término “nuestra América”. Así el hecho de que Reyes fuera un diplomático mexicano y que, por lo tanto, tuviera que tomar en cuenta la ideología gubernamental al hacer sus declaraciones o escribir sus ensayos, o el que Borges desarrollara su visión de la relación entre Argentina, “nuestra América” y la cultura occidental en tenso debate con grupos nacionalistas tanto derechistas como peronistas, no va a ser desarrollado de una manera significativa. Obviamente éste es un tema de importancia, pero excede los parámetros tanto intelectuales como de espacio que me he fijado. He estudiado con más detenimiento los contextos de enunciación de las ideas borgeanas en el capítulo “Jorge Luis Borges and (Western) Tradition” de mi *The Spaces of Latin American Literature: Tradition, Globalization and Cultural Production* (49-64).

⁶ Ignacio Sánchez Prado ha enfatizado la relación entre Reyes y Vasconcelos: “La raza cósmica, como lo vio bien Reyes en ‘Notas para una inteligencia americana’, no es sino la aseveración de un destino utópico, de un ideal cuyo motor es el impulso descolonizador del cual Vasconcelos y Reyes fueron precursores fundamentales” (385).

⁷ Beatriz Sarlo ha señalado la importancia que Borges atribuye a la distancia de Latinoamérica del centro creativo de occidente como el punto de partida para la creación y apreciación literaria: “Distance. Borges would argue, if it is conceived of as a geographical, cultural and poetic displacement, and assumed a Latin American right, not only makes fiction possible, but also creates the conditions for the reader’s pleasure” (29).

Bibliografía

- Aguirre, Coral. *Las cartas sobre la mesa: la relación Borges-Reyes*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.
- Barili, Amelia. *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: La cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*. México D. F.: Fondo de cultura económica, 1999.
- Bell-Villada, Gene. *Borges and his Fiction: A Guide to his Mind and Art*. Austin: U of Texas P, 1999.
- Borges, Jorge Luis. "Alfonso Reyes". *En torno a Borges*. Justor.R. Molachino y Jorge Mejía Prieto, eds. Buenos Aires: Hachette, 1984. 37-39.
- . "An Autobiographical Essay". *The Aleph and Other Stories, 1933-1969*. Nueva York: Bantam, 1971. 135-185.
- . "Don Segundo Sombra en inglés". *Borges en Revista Multicolor: Obras, reseñas y traducciones inéditas*. Ed. Irma Zangara. Buenos Aires: Atlántida, 1995. 203-04.
- . "El primer hombre de letras de nuestra América". *En torno a Borges*. Buenos Aires: Hachette, 1984. 34-35.
- . "El escritor argentino y la tradición". *Obras Completas 1923-49*. Buenos Aires: Emecé, 1989. 267-74.
- . "Enrique Banchs". *Hispanamérica* 17.50 (agosto 1988): 64-66.
- . "La amortajada". *Revista Sur* 47.80 (agosto 1938): 80.
- . "The Unvanquished". *Ficcionario*. Ed. Emir Rodríguez Monegal. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1985. 123-24.
- Borges, Jorge Luis y Adolfo Bioy Casares. *Seis problemas para don Isidro Parodi*. Buenos Aires: Emecé, 2005.
- Borges, Jorge Luis y Osvaldo Ferrari. *En diálogo*. México D. F.: Siglo XXI, 2005.
- De Castro, Juan E. *The Spaces of Latin American Literature: Tradition, Globalization, and Cultural Production*. New York: Palgrave Macmillan, 2008.
- Reyes, Alfonso. "Notas sobre la inteligencia americana". *América*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2005. 111-24.
- . "Palabras sobre la nación argentina". *América*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2005. 56-77.
- Rodríguez Monegal, Emir. *Jorge Luis Borges: A Literary Biography*. Nueva York: Paragon, 1988.
- Sarlo, Beatriz. *Borges: A Writer on the Edge*. London: Verso, 2006.
- Sánchez Prado, Ignacio. "El mestizaje en el corazón de la utopía: La raza cósmica entre Aztlán y América Latina." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 33.2 (2009): 381-404.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonía de las razas en América*. Buenos Aires: Imprenta de D. Túnez, 1883.
- Williamson, Edwin. *Borges: A Life*. New York: Viking, 2009.
- Vasconcelos, José de. *La raza cósmica. The Cosmic Race: A Bilingual Edition*. Ed. Didier T. Jaén. Baltimore: Johns Hopkins UP, 1997. 43-80.